



LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO

CONTINUACION....

10. Refiriéndose a asuntos literarios, hace una profesión de fe, cuando dice: "Creo en nuestros santos literarios, que llenaron una misión: san Alfonso X, los dos Luises, san Lope de Vega, san Calderón de la Barca, san Cervantes, san Ruiz de Alarcón; y el prócer, el maestro precursor, san Luis de Góngora y Argote; todos en sus altares, en sus nichos, gloriosos, poderosos; pero ahora.... Como su amigo alude a los escritores nativos, explica: "Ustedes están bajo el peso de una alucinación. Las tendencias actuales de la literatura son diferentes. Poco vale el fraseo. Se busca la idea, el tesoro del pensamiento, en los trabajos literarios, que deben revestir formas sencillas. La sencillez es la suprema belleza; el adorno postizo, el arrequive, ¡qué desgracia!" Su esposa se acerca y se sienta a la cabecera de la cama; Rubén se reclina sobre su pecho y murmura suavemente; "Hagamos matrimonio. Me siento bien así". Es un idilio de una fracción de minutos, el único que concede en el epílogo de su existencia a aquella con quien tantos y tan tiernos tuvo bajo el palio salomónico de los ocasos en el muelle del lago de Managua, en aquellos lejanos días perdidos en el océano



Los funerales apoteósicos de Rubén Darío

del tiempo. Pasa la primera semana del primer mes de 1916 y ningún indicio de mejoría aparece, sino a la inversa, puesto que la elevada fiebre persiste. La gente del gobierno, haciendo un enorme esfuerzo para vencer la natural inercia de su incomprensión, ha logrado erogar doscientos córdobas, equivalentes a doscientos dólares (en ese tiempo), que le ha llevado un funcionario. El periodista Huerdo lo felicita, pero él lo oye como si fuera una burla, y estalla en cólera. Y dice: "Para ti, para Manuel Maldonado, para Santiago Argüello, para Luis Debayle, para todos los que viven en la Papuasía, esa suma puede ser suficiente, pero

has de saber que yo no soy nacamalero como ustedes. Yo soy Rubén Darío, y la cosa cambia de aspecto. Esa cantidad es insignificante y no la acepto. Dicen que mañana mandarás mas. ¡Mañana, mañana! Es un mañana que tarda en llegar. Es el plazo de raza". Poetas Manuel Maldonado, Rubén Darío y Santiago Argüello.

11. El doctor Luis H Debayle, su médico de cabecera y amigo de infancia, ha hecho varios viajes de León a Managua para examinarlo y recetarle. Las prescripciones han sido cumplidas, sin que el paciente mejore. Debayle opina que debe ser trasladado a León para atenderlo con el cuidado que la

enfermedad amerita y el deseo que tiene de curarlo. Por su parte, Darío sólo en ese médico tiene confianza y acepta su parecer, que le da razón para alejarse de la casa del hombre que lo mató para el amor. Resuelto el viaje, toman el tren para la vieja metrópoli, Darío, doña Rosario, el doctor Debayle Pallais y otras personas. Adolfo Díaz, presidente de Nicaragua, ha ordenado y puesto a su orden un tren expreso, que sin hacer estaciones llega a su destino. En León no es hospedado, sino solamente alojado en una casa deshabitada y sucia. Se ha tomado esa porque queda frente a la de la familia Castro, a fin de que se le lleven de ahí los alimentos y demás cosas necesarias para su tratamiento.

12. La improvisada alcoba es un cuarto sin cielo raso, con piso de ladrillos de barro, envejecido y sucio, de paredes desnudas de todo adorno, y como mobiliario, unos pocos asientos que fueron elegantes en la época de su uso. La cama es un catre como llaman en la jerga local a las camas metálicas, un modesto lecho que en nada se parece al regio que le prepararon los Sureda en Valldemosa. Ahí yace desde el propio día de su llegada, 7 de enero, y otro día el doctor Debayle, con otro ga-

LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO

Página 2

leno de reputación, el doctor Escolástico Lara, proceden a extraerle del abdomen un líquido que se ha acumulado y que drenan en cantidad de catorce litros. Mientras ese líquido es tragado, Darío, a quien se le había hecho creer que se trataba de una inyección, grita colérico: “¡Yo no he venido a ser sacrificado!” Al terminar la operación, continúa lanzando exclamaciones de enojo e invectivas contra los médicos. En ese estado de malhumor se acuerda del hombre a quien quiso aludir con la cita de Ibsen, exclamando: “ Sé que voy a morir, pero no moriré sin hacer una cosa tremenda. Antes de eso despacharé a un hombre a la eternidad. Cuando me convenza que he llegado el minuto, monto un carruaje, me acompaño de un amigo y le hago una visita. Saldrá él a recibirme; entonces saco el revólver y le disparo. Nada me importa lo demás, porque sé que voy a morir”. Al doctor Escolástico Lara, que tiene la apariencia de un campesino indígena, lo increpa un día con la frase: “Tú, el último azteca...” Pero el excelente galeno, con paciencia digna de su profesión, llega cada día a inyectarle. Sin embargo, los accesos de cólera se hacen más intensos. “Yo no quiero que ustedes me asesinen. No he venido a eso, me defenderé.” Y pasando de las palabras a la acción, toma una botella de la mesa y hace el ademán de lanzársela al doctor Debayle, que se lo impide con rapidez. No habiéndolo podido golpear, le grita: “ Lo que tú quieres hacer conmigo es aumentar el número de tus víctimas”. Debayle, que no es tan paciente, se

vuelve contra él, la esposa se interpone y le ruega que salga, Darío, en cuanto el médico sale, se dirige a ella y le dice.

13. “¿Por qué no le diste una bofetada? Te contentaste con decirle: ¡salga doctor, salga doctor”. ¿Sabes lo que hubiera hecho una argentina? Pues le hubiera dado una bofetada. ¿Una francesa? Lo hubiera sacado de las orejas. ¿Una española? Con su navaja le hubiera rajado la barriga y no le hubiera dejado una tripa adentro. Sólo tú te contentas con decir: ¡salga doctor, salga doctor! La bofetada que tú le hubieras dado habría sido grata a mi corazón y hubiera bajado conmigo a la tumba dulcemente”. En los momentos de sosiego conversa con sus amigos, que siempre tienen una opinión que recabarle. Uno le pregunta, ¿Cuáles son los más grandes poetas actuales? Rubén responde: “en el mundo sólo hay tres afirmando con mucha convicción- D’Anunzio, uno que anda por ahí y yo”. Es de noche y una luna magnífica ilumina el patio de la casa y lentejuelea la copa del árbol que en el centro se levanta. Rubén fija la mirada en el bello espectáculo nocturno y dice frases en que el Oriente y Las mil y una noches se escuchan. También le parece aquello una escena nocturna en una finca y pide que lo lleven al campo, que quiere ver la vida bucólica. Como insiste en este asunto, llevan una vaca con su ternero para que tenga la ilusión de que está en el campo, y al principio está contento, pero cuando el ternero empieza a berrear se desespera y grita: “ Maten esa vaca a balazos. Traiganme una pistola para darle un tiro”. Con la situación difícil del enfermo, los médicos se preocupan y se reúnen para discutir la nueva ope-

ración que, según el doctor Debayle, hay que practicar al sufrido e impaciente enfermo. Están en el desmantelado cuarto que sus paisanos le han asignado como alcoba. Rubén ve a uno de ellos, galeno de gran prestigio, de gentiles maneras como un diplomático del siglo XVIII. Su mirada se clava en él, y pregunta: “ ¿Quién es esa mediocridad sonriente?” Le responden: “Calla Rubén, es tu amigo el doctor Juan Bautista Sacasa”. Rubén responde: “¿Es ese en verdad, futuro presidente, de triste y hasta vergonzosa memoria en su país?”.

14. El enfermo piensa que pronto morirá, y se pone serio y compungido. Las prensas de España, Argentina, México, de muchos países, comentan con emoción su declinante vida, víctima de una cirrosis producida por el uso y abuso del alcohol. El gobierno de su país dicta acuerdos sobre las honras fúnebres que se le harán. El enfermo alcanza a leer en la prensa esta información, y lamenta que esas disposiciones vayan a realizarse después de su muerte, que mas habría agradecido que le hubieran brindado atenciones en vida. RUBEN ESTA LLEGANDO AL CREPUSCULO DE SU VIDA DE MANERA CONSCIENTE. SE ESTA DANDO CUENTA DE CÓMO LLEGA LA MUERTE TAN CALLANDO, PERO SEGURA E IMPLACABLE. La Iglesia también se conmueve y dispone administrarle la extremaunción con solemnidad jamás empleada en Nicaragua. Es obispo de León don Simeón Pereira y Castellón, hombre de luces y elocuencia. El cortejo litúrgico sale de la iglesia la Recolectión, lo preside monseñor Pereira y Castellón, imponente, con las vestiduras de su alta dig-

nidad y acompañado de numerosos sacerdotes que visten también las ornamentas correspondientes a su jerarquía canónica. Camina el obispo a la sombra de un magnífico palio rojo de flecos dorados, portando en sus manos el Sacramento en el áureo copón. Sigue una teoría de numerosos eclesiásticos, los seminaristas y los alumnos del Colegio Tridentino, hoy Palacio Episcopal, portando el pabellón nacional. Completan la procesión la muchedumbre de todas las clases sociales. Al pasar el Sacramento, la gente se arrodilla. Darío está preparado para recibir la augusta visita. El obispo pasa entre una valla de estudiantes y entra a la alcoba, en donde se ha improvisado un altar. El poeta moribundo se recoge en sí conmovido y pálido; su faz muestra ya el eclipse final. A las preguntas que le hace el prelado en materia de fe, contesta de manera clara y audible: “Si creo”. En seguida abre la boca para recibir el pan eucarístico y después habla al sacerdote: “ Monseñor, beso la mano. ¡Muchas gracias! Me felicito de haber recibido el pan de los fuertes”. Después de haber recibido la comunión, muestra tranquilidad en su espíritu, pero el cuerpo no parece admitir ya estímulos. Sufre una serie de fenómenos que en medicina se consideran como delirios, que son manifestaciones de lo que se considera encefalopatía hepática, propia de la fase terminal de la cirrosis.

CONTINUARÁ